

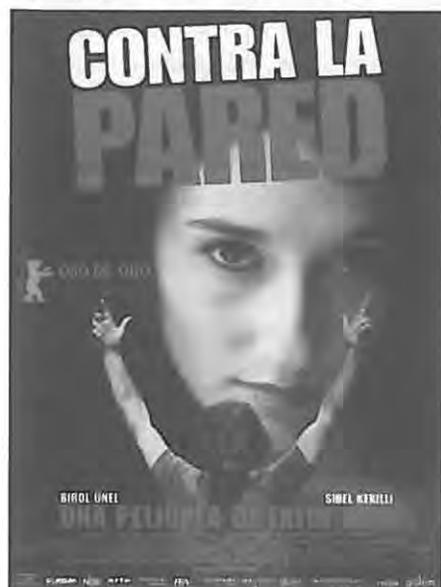
## El arco de los sentimientos

Norberto Alcover

*Cine, lo que verdaderamente llamamos cine, esa argamasa de pasiones en estado puro que intentan abrirse paso a través de imágenes para la memoria constructiva del futuro y testigo del pasado, cine de verdad lo encontramos en **Contra la pared**, y lo encontramos como hacía años que no nos era dado encontrar. Si bien resulta a una película durísima, absolutamente descarnada y con un uso de los finales más realísticamente dramáticos. Otras dos películas que hablan a nuestros sentimientos son **Los chicos del coro** y **La luna de Avellaneda**.*

**Contra la pared.** Durante los años setenta, Rainer Werner Fassbinder descargaba su mazo de imágenes rotundas y descorazonadas sobre la conciencia europea, siempre mediante historias sobre la burguesía que extendía su afán consumista sobre los destrozos de la implacable

guerra mundial, hasta convertirse en un excelente mercado para los capitalistas norteamericanos. Aquellas imágenes, implacables, provocadoras, desesperanzadas, convertidas en tales desde guiones literarios fuertes, cayeron sobre los espectadores como un castigo divino, destructor de falsas alegrías ante el permanente aumento del Producto Interior Bruto.



Fatih Akin, un joven director turco instalado en Alemania, recoge este legado y lo convierte en materia perfectamente adecuada al nuevo momento histórico de 2004, hasta conseguir el premio a la mejor película europea del año.

Alemania. Hamburgo. Dos inmigrantes turcos deciden casarse para poder permanecer en la tierra que mana leche y miel. Ambos tienen a sus espaldas recientes historias de muerte y de suicidio, pero mientras él ha cedido del todo y se entrega a cualquier veleidad destructiva, alcoholismo y adicto al sexo un tanto perverso, ella solamente desea gozar las libertades sin tasa más allá de una familia del todo tradicional, esquemática e intransigente.

Cahit/él y Sibel/ella unen sus perdiciones para organizar una convivencia que, en persecución de una mejor relación más allá de la conveniencia del matrimonio formal, obtenga algo de intimidad afectiva, de intensidad sexual y de perdurabilidad en un contexto inmigratorio venido a menos y convertido en infierno pasional: contexto de sentimientos completamente rotos, prácticamente imposibles, que alcanzan su muestra más convincente en la amiga peluquera y visitante nocturna de la barra del bar amigo donde encontrar alguien con quien pasar la noche, sea el que sea pero mejor si ya se conoce. Un submundo concentrado en la habitación rectan-

gular en que conviven ellos dos y donde intentan alcanzar una relación siempre llamada al desastre.

Pero no, siempre no, porque, de vez en cuando y sin perder un punto de zafiedad ambiental, estos dos seres humanos, a pesar de todo, viven instantes de ternura, de proximidad y hasta de complicidad. Una habitación, un contexto ciudadano, un mundo alemán, una historia de inmigración, todo en ese breve espacio material y espiritual de pocos metros cuadrados.

De pronto, él mata y ella huye otra vez a Estambul, esa ciudad que se está convirtiendo en mítica por tantas razones actuales. Al cabo, deja la cárcel y va en su busca, porque está, sencillamente, enamorado: ha dejado de beber, se ha cortado el pelo, viste mejor. Se aman en un perdido hotel de la urbe infinita (¿como un Hamburgo turco?) y hasta llegan a planificar un viaje a las más hondas raíces del hombre, en búsqueda de su más absoluta regeneración existencial.

Y sucede lo que sucede. Y sucede como siempre. Ella, ligada a otro hombre bien situado y con una ahijada de ambos, es incapaz de jugarlo todo por aquel Cahit a quien ama pero que nunca le proporcionará la seguridad deseada tras tanto sufrimiento. En el autobús que parte, parte un ambiguo Cahit. No sabemos qué será de él. Pero sabemos que ella, Sibel, ha optado por Turquía.

Rodada en colores contrastados y siempre intensísimos, permite que todos los actores y actrices se incorporen a su interpretación con la misma furia que contienen las pasiones que transmiten, sin pararse en pudores probablemente comprensibles, pero que en esta ocasión solamente hubieran desleído situaciones límites e infernales...

El retorno de la dureza con sentido. Esa dureza que nunca deseamos enfrentar porque nos produce pánico, y en general preferimos despreciar con palabras que se refieren a la prudencia estética, a la serenidad clásica y no menos a la contención moral, sin que intentemos, alguna vez en la vida, acercarnos a los ambientes en que tal dureza vive y desvive a quienes la padecen.

Nuestros sentimientos, todos sin excepción, son puestos contra la pared como contra la pared/muro se estrella Cahit para acabar con su abyección. Si en la película prácticamente están enfermos casi todos los ríos sentimentales de los protagonistas, desde la película acaba por alcanzarnos un golpe seco en la barbilla de las ilusiones vanas para despertarnos de su sopor y situarnos en ese balcón donde acabamos por vernos a nosotros mismos, no mucho mejores que el hombre y que la mujer que un día se casaron para sobrevivir en la jungla europea, nuestra propia jungla. Cuando salimos de la sala, resulta que todos estamos contra la pared.

*Los chicos del coro* recurre a una historia verídica, como tanto le gusta al cine francés, menos desmemoriado que el español y todavía algo más que el norteamericano, que puede alcanzar el narcisismo más edulcorado.

Un maestro de música llega a un asilo de niños conflictivos en plena postguerra europea, se enfrenta con formas de enseñanza prepotentes y crueles, y sin otra posibilidad de intervención para cambiar las cosas, introduce la música y el canto en aquel ambiente agresivo y deshumanizador. Lentamente, los chicos comienzan a transformarse en seres



humanos, muestran su sensibilidad para las cosas más menudas, y en

fin, organizan el coro emblemático que desea su maestro.

Todo lo demás está bien, casi siempre engarzado con suficiente consistencia, pero lo importante de este film entrañable es su capacidad para demostrarnos que el cariño, la esperanza y el arte pueden cambiar la realidad. Clement Mathieu, el personaje real, está interpretado por un inmenso Gérard Jugnot, pequeño de estatura, siempre mal vestido, calvo y sin especiales dotes masculinas, pero avasallador en su ternura musical, descarada llamada al sentimiento más acérrimo, el del amor. ¿Y si nuestro mundo, auténtico asilo para tantas y tantas enfermedades del espíritu, necesitara, sobre todo, maestros de música como éste?

*La luna de Avellaneda* todavía acrecienta la intromisión en los territorios de los sentimientos dulces aunque un tanto agrios a la vez. Porque Campanella nos acompaña hasta el Club Juventud Uni-da de Llavallol, donde realmente pasara su juventud argentina, para ayudarnos a comprender la debacle socioeconómica de su país, que manda a sus mejores hombres y mujeres al exilio español al constatar la impotencia ante el desastre experimentado por las últimas boqueadas del peronismo. El fantasma del neocapitalismo invasor, siempre al acecho de las «ur-

gencias de los pobres», con un despliegue paternalista que hiere de tanto realismo dinerario como encierra. Porque a la postre y contra lo que parece sugerir el final del film, la gente no permanece para fundar un nuevo club: la gente coge el montante y se marcha a Madrid, a Barcelona, o a Sevilla, en esa España maravillosa en la que se come bien y se gana dinero fácil. En realidad y sin pretender forzar las cosas, también aquí el coche de la ilusión parece lanzarse «contra la pared», dejando rotos los sentimientos de quienes más y mejor apostaron por la fidelidad a las raíces. ■

